

A large, bold, black letter 'S' is set against a square background with a fine, grey, woven texture. The letter is positioned on the left side of the page, partially overlapping the title area.

altar la Negación

María ■ Cecilia ■ Salas

La relación ambigua que se da en Occidente entre la razón y el ritual se inaugura desde el antiguo mundo griego. Los rituales dionisiacos, el de las Tesmoforias y las fiestas de Adonis, constituyen tres maneras de saltar de los símbolos de la negación, propios del naciente logos. Se trata de festividades en las que acontecen enormes dimensiones que, en la cotidianidad, están cubiertas por el manto oscuro de la razón. Hoy diríamos que algo de la enunciación y del ser se ponen en juego en la marginalidad de estos ritos.

María Cecilia Salas. Psicóloga, Universidad de Antioquia. Estudiante de Maestría en Psicoanálisis, Cultura y Vínculo Social, Universidad de Antioquia. Docente, Departamento de Humanidades, Universidad EAFIT.

Queda suspendida, a través de este texto, la pregunta por el fenómeno de la prostitución como asunto *solidario* de tales formas rituales de enunciación: la prostituta, tal vez, como una pálida verdad que recorre los márgenes de los símbolos de la negación, como una instancia donde el culto orgiástico dionisiaco deviene en una mueca triste y cansada o como una mujer que vende una fallida orgía.

*...unas y otras en lugares solitarios se
acuestan y ceden al instinto del
los hombres, pretextando ser ménades que
ofrecen sacrificios, mientras prefieren a
Afrodita más que a Baco.*

*Y dicen que ha llegado un extranjero, un
mago, un encantador de la región de Lidia,
de rubias trenzas perfumadas y con la
gracia de Afrodita en sus ojos color vino, que
pasa día y noche con las muchachas,
desplegando ante ellas iniciaciones
orgiásticas.*

*Escudriñad toda la ciudad en busca del
extranjero afeminado, que infecta a las
mujeres con una enfermedad desconocida y
rompe matrimonios.*

*Estoy convencido de que ellas, ahora, como
pájaros, entre la fronda se abandonan al
amor, presas en dulces redes.*

EURÍPIDES

Bacantes

En el mito dionisiaco se hace metáfora de la vida como afirmación plena de los contrarios, los cuales se confunden en una vivencia única;

este es el mito del estallido previo a toda forma de la negación, el cual alude a *cuestiones arcaicas de lo humano universal*, no por ello perdidas en la noche de los tiempos, sino siempre susceptibles de acontecer con nuevos rostros.

Este es un mito que alimenta categorías conceptuales psicoanalíticas, tales como la pulsión y la repetición, fundamentales en sí mismas para pensar lo que se pone en juego del ser y de lo femenino en fenómenos como el de la prostitución, para leer lo que allí acontece cuando se producen saltos y asaltos a la negación y para escuchar algo de la enunciación que desde allí se levanta tal vez profiriendo puntos de verdad sobre los cuales se instaura la cultura. Esto constituye una hipótesis posible de trabajo a partir de este texto.

A través de este mito, del culto frenético y religioso que las Bacantes celebraban en torno a Dionisos, y de la mitología que sostiene las fiestas de mujeres periódicamente realizadas en la antigua Atenas, a saber, las Tesmoforias y las fiestas de Adonis, veremos cómo desde sus inicios la cultura occidental ha requerido -para los más primarios impulsos humanos- territorios alternos a aquellos oficialmente legislados. En los femeninos rituales dionisiacos, en los bosques lejanos y místéricos trasegados por furiosas Bacantes, en los oscuros tejados de las Tesmoforias, en los lupanares, en los burdeles, en las sórdidas o festivas calles de nuestras contemporáneas *trabajadoras del sexo*, en las vitrinas de Amsterdam... en todos estos espacios, se salta

la negación; ésta es recabada por ejércitos de mujeres que parecen gozar en exceso o, en todo caso, como no está legislado para el resto de la ciudad. Mujeres que parecieran sumergirse en una sensibilidad básica, sin retóricas, en la inmediatez de los sentidos, en un estallido en el que se expone el cuerpo como desierto sexual.

En todas las formas de celebración, en los rituales de los sentidos, en la fiesta, la orgía, en el soslayo y la ironía que se hace del discurso racional, en las formas del lenguaje que contravienen el orden lógico del decir, en el arte como puesta en escena de múltiples significaciones que interpelan a quien se sitúa como receptor... en la exaltación del cuerpo y en la difuminación del sentido producida en los juegos significantes; allí, en esa danza multiforme *se salta* la negación ordenadora, *se toma por asalto* la lógica que busca regular los sentidos y adecuarlos a la ley y a los objetos, allí *se resalta* otra lógica y otra dirección del impulso primordial, primario y antecedente a la negación.

En el ritual de los sentidos se devela otra forma de hacer destino y demarcar territorio, y ello tiene como condición desprenderse de un orden lógico y atravesarlo de un salto, para luego acometer sorpresivamente en otros espacios y revelar desde allí el caos y las contradicciones ocultas bajos el orden lógico. Es decir, que tal vez, en el ritual, en el lenguaje poético y en los espacios de prostitución -en la medida en que los tres registros promueven o constituyen saltos a la razón-, en ellos, se pueden ver y leer las aristas de una misma cuestión inherente

a lo más humano que retorna, rebota y sobresale en todas las épocas y culturas.

Una lectura de ciertas creaciones míticas sobre los primarios impulsos de lo humano y sobre la manera como ello se realiza en lo femenino, muy probablemente permite ver en las formas de la prostitución una reactualización del mito dionisiaco, una realización de éste en los márgenes o en los intersticios de la cultura. En tales manifestaciones se puede leer que lo dionisiaco recaba en la cultura, la atraviesa y prefiere instalarse en los bordes de ésta, tal vez para cercarla o delimitarla o para recordarle que la impulsión de la sexualidad no siempre se circunscribe mansamente en la pareja, sino que estalla y emprende una suerte de errancia por los cuerpos y las prácticas sexuales del prostíbulo, por ejemplo; es decir, que a través de éstas retorna de manera desfigurada -y probablemente fallida- el empuje hacia el culto orgiástico dionisiaco.

En todas las formas de celebración, en los rituales de los sentidos, en la fiesta, la orgía, en el soslayo y la ironía que se hace del discurso racional, en las formas del lenguaje que contravienen el orden lógico del decir, en el arte como puesta en escena de múltiples significaciones que interpelan a quien se sitúa como receptor... en la exaltación del cuerpo y en la difuminación del sentido producida en los juegos significantes; allí, en esa danza multiforme *se salta* la negación ordenadora, *se toma por asalto* la lógica que busca regular los sentidos y adecuarlos a la ley y a los objetos, allí *se resalta* otra lógica y otra dirección del impulso primordial, primario y antecedente a la negación.

I. POTENCIAS DEL LENGUAJE: LA NEGACIÓN Y EL RETORNO DE DIONISOS

Dionisos es lo imposible, lo absurdo, que se convierte en realidad con su mera presencia. Dionisos es vida y muerte, alegría y tristeza, éxtasis y congoja, benevolencia y crueldad, cazador y presa, toro y cordero, macho y hembra, deseo y desasimiento, juego y violencia. Pero todo ello en el momento, en la interioridad de un cazador que se lanza inmisericorde y en la fragilidad de una presa que se desangra hasta morir; todo como una vivencia única e indisoluble, sin antes ni después, con una plenitud alocada en los dos extremos.

GIORGIO COLLI
La sabiduría griega

El psicoanálisis es un sistema de pensamiento que explora y trabaja con las potencias y límites del lenguaje, con lo cual se funda un sujeto más allá del territorio de los enunciados de la realidad fenoménica. Ese sujeto se sitúa como un modo de ser, un devenir siempre inacabado en el lenguaje, una creación puesta en escena en la incompletud que define a la palabra como acto, no como signo. Ese sujeto se coloca sobre lo que a la palabra le falta para decirlo todo, en la disimetría radical que hay entre el significado y el significante, en el sentido múltiple y evanescente. Es decir, que ese sujeto así concebido es ante todo una posibilidad, un punto de la disimetría, un vacío en la palabra, una instancia que permanece en constitución y no termina de ser constituido. Se trata de un sujeto que habla el idioma de la

enunciación que se suspende por fuera de los enunciados, que habla ante todo porque desea y no sabe lo que dice, porque no sabe que en la pureza de sus significantes dice su verdad sin saberlo.

Y si ese es el sujeto que le interesa al psicoanálisis, si su sello de fabricación es la enunciación, lo que dice a su pesar, lo que afirma a través de la negación, entonces se puede conjeturar que la cultura establece mecanismos similares a la negación; tal vez ella sea el gran depósito del símbolo de la negación, del dispositivo bajo el cual se subsumen las normas, la ley, las prohibiciones, los límites y también la ambigüedad con relación a aquello que se quiere regular. Toda la normativa cultural sería una clara expresión de la negación que se cierne sobre lo dionisiaco que busca realizarse en su magnitud plena. En tal sentido, los enunciados emitidos por el logo, la razón, el orden cultural, ¿no indican acaso una necesidad de negar aquel empuje maníaco a la satisfacción sin trabas que desbordaría tal ordenamiento? ¿De qué manera buscan esos enunciados regular o curar algo de la contradicción propia de lo humano? ¿No pretenden esos enunciados que el cazador y la presa sean claramente distintos e inconciliables?

Diremos entonces que frente a fenómenos marginales como la prostitución, la cultura se vale del símbolo de la negación para excluirla, rechazarla, desconocerla... Camino paradójico en tanto que, por esta vía de la segregación, se confirma -por ejemplo- la necesidad que tiene la cultura de tener márgenes habitados por prostitutas; en cierta forma, ella misma las engendra, aunque lo niegue, para abortar

en ellas residuos siempre embarazosos al orden. Casi se diría que la cultura requiere seres marginales que le delimiten su centro.

En tal dirección, la prostitución puede ser un hueco o una discontinuidad en el discurso de la razón, en los discursos de la moral sexual, en los lenguajes y enunciados que crean realidad para ocultar dimensiones más vastas. La prostitución se instaura como falla de la cultura; falla por la cual asoma risueña una verdad en el cuerpo, en sus sentidos puestos en venta. Es una manera de saltar lo establecido, de negarse a estar inscrito en un orden, saltar hasta caer en el abandono de sí.

El psicoanálisis es un sistema de pensamiento que explora y trabaja con las potencias y límites del lenguaje, con lo cual se funda un sujeto más allá del territorio de los enunciados de la realidad fenoménica. Ese sujeto se sitúa como un modo de ser, un devenir siempre inacabado en el lenguaje, una creación puesta en escena en la incompletud que define a la palabra como acto, no como signo. Ese sujeto se coloca sobre lo que a la palabra le falta para decirlo todo, en la diámetro radical que hay entre el significado y el significante, en el sentido múltiple y evanescente. Es decir, que ese sujeto así concebido es ante todo una posibilidad, un punto de la diámetro, un vacío en la palabra, una instancia que permanece en constitución y no termina de ser constituido.

También el cuerpo es lenguaje, es un texto, es una producción que sobrepasa la organicidad. Y la potencia del lenguaje -en cuanto al asunto que nos ocupa- tiene dos direcciones. En primer lugar, el símbolo de la negación que funda, ordena y regula -castra y delimita- los goces sexuales en la cultura; en segundo

lugar, las formas singulares que el lenguaje le concede al retorno del mítico estallido orgiástico dionisiaco, a la estruendosa afirmación primera de la vida en pleno, afirmación situada como condición de posibilidad para la negación misma: no podría la cultura negar y modular algo de lo humano si en ello no pulsara algo constantemente pidiendo ser realizado sin cesar; de esa alteridad fundante da cuenta el lenguaje poético, los poetas saben adelantarse en nombrar bellamente lo que la razón no ve o no logra explicar.

«Es significativo -dice Jean Pierre Vernant- que el culto dionisiaco se dirija preferentemente a estos que no pueden encuadrarse enteramente en la organización institucional de la polis. La religión de Dionisos es en primer lugar y por predilección asunto de mujeres. Las mujeres como tales son excluidas de la vida política.» (Vernant: 318). La religión dionisiaca mueve a emanciparse de otros cultos oficiales; en sí misma, continúa Vernant, constituye un «esfuerzo por abolir todas las barreras mediante las que se define un mundo organizado (...) culto del delirio y la locura, locura divina que es arrebatamiento, posesión de Dios (...). A través de la experiencia del éxtasis y del entusiasmo, este orden se descubre como una simple ilusión, sin valor religioso...» (Ibid, p. 319). Dios indefinible, incomprensible, él encarna en el ser humano lo que es radicalmente otro.

Dios de las contradicciones, ese es su significado más profundo y así aparece en todos sus cultos. Con él lo imposible y lo absurdo se hace realidad, los contrarios se confunden en una vivencia única, de tal modo

que el cazador y la presa pueden ser uno solo. Es un Indefinible anclado en religiones místicas. En las Bacantes se ratifica la crueldad y violencia en el ataque de celos, la capacidad de Dionisos de ser animal-dios y su proximidad a divinidades femeninas. Giorgio Colli define el culto orgiástico como el poder de sostener el deseo en suspenso, de contener la consumación del éxtasis, de dejar el frenesí en el umbral, tal como se ve en las Bacantes, quienes gozan con el placer máximo contenido. Por tanto, en este ritual hay una castidad propia, un goce simultáneo de los contrarios. Desde todas sus formas, Dionisos desata pasiones y violencias y contiene el deseo. *Esta ambigüedad profunda pone en cuestión el orden de la polis, lo salta, lo asalta y resalta, en su interior mismo, otra materia viva y constituyente tras el rostro del orden.*

...si la orgía consistiera exclusivamente en un desencadenamiento animal de los instintos, nada parecería más lejano del conocimiento que ese mismo impulso. Pero la orgía también es danza, música, juego, alucinación, estado contemplativo, transfiguración artística, control de una emoción desbordada. (Colli, p, 19).

Lo dionisiaco atañe entonces a la manía, a la locura, al éxtasis, a la liberación de los vínculos que atan al individuo; camino por el cual se accede a cierto poder mántico, adivinatorio, a la visión del futuro: manera primigenia de acceder al conocimiento de la verdad. Dios del deseo, del apetito y la tensión sexual. «...la representación del falo acompaña a Dionisos, pero él mismo está separado de su propia representación». (Ibid., p. 21).

II. ¿DESOCULTAMIENTO DEL SER EN EL MITO Y EL RITO?

El lenguaje mítico puesto en escena en las Tesmoforias y en las fiestas de Adonis, constituyen también una forma de convocar otro goce, otro lenguaje, otra sensibilidad, otros saltos. Estos son cultos marginales al logos, en los cuales se recupera, se muestra o rescata un goce originario no satisfecho y relegado, son maneras de validar otros espacios mediante juegos metonímicos y metafóricos, sustituciones y condensaciones de imágenes y significaciones que aluden a usos y concepciones diferentes, alternas, del cuerpo, la palabra y la ciudad. Estas dos festividades femeninas, realizadas en la disciplinada y retórica Atenas de Pericles, nos llaman la atención porque con ellas podemos hacer serie con lo esencial del culto dionisiaco llevado a cabo por las Bacantes.

En la antigua Atenas, el orden de la ciudad y la enorme diferencia en las representaciones o significaciones del cuerpo y la palabra en el hombre y en la mujer, determinan ordenamientos espaciales muy singulares y usos del cuerpo igualmente excepcionales. Así, el hecho de que los hombres anduviesen en arrogante desnudez por las calles y que cultivaran su cuerpo y su palabra en los gimnasios -en las competencias y en los exigentes ejercicios de retórica-, era indicio de la manifiesta superioridad de aquél sobre la mujer, quien permanecía -sin rebeldías feministas- en espacios y labores domésticas; ella se situaba a un lado de los escenarios masculinos del discurso, y allí, al lado, habitaba ritos y mitos en los que evocaba, actualizaba y adaptaba el pasado al presente. Es decir, que las diferencias

que se ponían en juego entre cuerpos de hombre y de mujer tienen enormes resonancias en la sensibilidad y en la función de la palabra para cada uno. Desde aquí se construyen dos ciudades en una, y se instaura una diversidad de festividades y de goces del cuerpo...

A diferencia del hombre, la mujer no era ciudadana, su cuerpo era frío, su paso corto y vacilante, y su lenguaje era ante todo silencioso y de algún modo misterioso. Al hombre en cambio le quedaba la ciudadanía, su cuerpo era fuerte, reactivo y poseedor de un enorme calor corporal que alcanzaba hasta las palabras y los argumentos. En los espacios masculinos, «la dialéctica y la discusión caldeaban los cuerpos de los participantes; mientras que los cuerpos que pensaban en soledad se enfriaban.» (Sennett, p.46.) Podía ser tal el calor de las palabras, los argumentos tan acalorados y la retórica tan peligrosa que ello podía incluso impedir la acción combativa y racional de los hombres.

Las mujeres por su parte, en su naturaleza fría, celebraban las Tesmoforias: ritual originalmente rural y presidido por Deméter, diosa de la agricultura, se trataba de simbolizar la fertilización de la tierra. Pero a medida que el rito se hace urbano se *metonimiza* hasta constituirse en un drama alrededor del autocontrol, de la abstinencia sexual como algo opuesto a la fertilidad. Durante tres días, las mujeres se reclusaban en oscuras y malolientes cabañas y allí se mezclaban -se sembraban en tierra- en medio de aromas del *antiafrodisiaco* sauce, sobre el abono sagrado preparado por ellas en fosas donde con anticipación habían arrojado cerdos muertos

y semillas. En tal lugar, en silencio, en ayuno, bajo autocontrol y en posturas inmóviles se relacionaban entre sí y celebraban como ciudadanas en este su particular espacio cívico situado cerca al espacio oficial de la palabra masculina.

«Este nuevo vínculo apareció en la organización formal de las Tesmoforias(...) La única relación de los hombres con el ritual -escribe Sarah Pomeroy-, en el caso de personas acaudaladas, era que estaban obligados a cargar con los gastos de la festividad como una liturgia o impuesto en beneficio de sus esposas. Además, las mujeres celebraban el rito *como ciudadanas*, aunque se retiraran del mundo de los hombres para hacerlo. Sólo al final del tercer día regresaban con sus esposos, que las esperaban en el exterior, saliendo de las cabañas con su carga generativa de carne muerta y grano. El manto de tinieblas de la tierra, el frío de los pozos, la cercanía de la muerte, transformaban el estatus de sus cuerpos. Durante las Tesmoforias las mujeres realizaban un viaje por las tinieblas, del que emergían a la luz con su dignidad afirmada. (Sennett, p. 77)».

Esto nos da cuenta de un salto en el que los cuerpos femeninos adquieren un estatuto cívico de modo *paulatino* y *metonímico* a través de la congregación ritual. Así, la trasmutación progresiva de las palabras hacía posible -de modo misterioso e incognoscible para los hombres- la resignificación del cuerpo femenino; por ejemplo, en la cabaña, «al segundo día las *palabras frío y pasivo* significaban autodisciplina y fortaleza, en

lugar de debilidad e inferioridad como en el exterior.» (*Ibid.*, 78).

De otro lado, en las también femeninas Fiestas de Adonis, se trataba de recuperar el deseo y la palabra limitados cotidianamente en Atenas, pues allí Pericles ordenaba para las mujeres la mesura y el silencio. Estas fiestas nacieron de un antiguo mito rural relacionado con la muerte. Ya en la ciudad, el cambio metonímico del rito acontece en el espacio doméstico, donde las mujeres debían permanecer recluidas a causa de presuntos defectos fisiológicos. «Las fiestas de Adonis celebraban el deseo sexual de las mujeres. Suavemente fragante, embriagadora y obscena, esta celebración aromática liberaba las potencialidades femeninas para que hablaran acerca de sus deseos en un espacio de la casa extraño y normalmente no utilizado: el tejado.» (*Ibid.*, p.79).

Esta fiesta tenía su origen en la mitología relacionada con el dios Adonis, el cual en la concepción acerca de la masculinidad se hallaba al otro extremo del guerrero Heracles, quien a diferencia del primero se caracterizaba por su glotonería voraz que se hacía extensiva a su apetito sexual. El gracioso Adonis, en cambio, era un amante por excelencia, ni glotón ni voraz, joven que murió embestido por un jabalí antes de engendrar un hijo. «... Adonis proporciona placer a las mujeres, en lugar de limitarse a saciar su lujuria en sus cuerpos. Adonis era una figura de *hedoné*, la palabra griega para el placer sensual, y Afrodita lo lloró como amante de las mujeres.» (*Ibid.*, 80).

Afrodita lloró a su amante Adonis sobre un campo de lechugas. Así nació un ritual en

conmemoración suya celebrado en el mes de julio, para el cual con anticipación las mujeres colocaban macetas en el tejado y en estas sembraban semillas de lechuga que regaban cuidadosamente hasta que comenzaban a brotar los primeros tallos, momento en el que se interrumpe el riego y entonces las nacientes plantas morían bajo el implacable sol. Justo en ese momento empezaban las fiestas nocturnas en el tejado alrededor de las marchitas lechugas, planta que por lo demás se le consideraba símbolo de impotencia, de una letal falta de fuerza vital, y de la que también se creía que crecía en la sombra y que de ella comían las madres muertas como alimento.

Pero las fiestas sólo eran fúnebres de nombre, pues el tejado se colmaba de carcajadas en la oscuridad y se convertía en un espacio anónimo y amistoso, verdadero escenario de placeres temporales entre extrañas. Allí, las mujeres bailaban, bebían y cantaban en lugar de guardar luto, y por ello las fiestas eran sospechosas de ser una ocasión para los chistes obscenos, el sexo ilícito y la prostitución. Lo importante era que allí se convocaban deseos femeninos insatisfechos en la cotidianidad.

Pero estas fiestas, como las Tesmoforias, también diferían de celebraciones masculinas como los simposios, en los cuales, los hombres tenían la oportunidad de excederse y entregarse a ruidosas diversiones diametralmente opuestas a las convenciones que imperaban en la *polis* en conjunto. (...) Al igual que sucedía en el gimnasio, la competición impregnaba las relaciones masculinas en el simposio. Los hombres preparaban con anticipación

poemas, chistes y balandronadas, para exhibir sus habilidades durante el banquete. En ocasiones se perdía el equilibrio entre la competición y la camaradería, y el simposio degeneraba en una violenta reyerta.

En el tejado, durante las fiestas de Adonis, había la misma lascivia pero las mujeres no competía entre sí. Tampoco había chistes preparados. Las fiestas de Adonis también evitaban el carácter privado y exclusivista que caracterizaba al simposio. Las mujeres iban de una casa a otra, oían que las llamaban desde arriba en la oscuridad, y subían por escaleras de los tejados para encontrarse con extrañas». (Ibid, p. 83).

En tal escenario vemos que también se produce un salto para celebrar la sexualidad femenina en otro espacio ritual, no reconocido por el calendario oficial de festividades; de este modo, se toma por asalto otro lugar nada convencional para una celebración y se resaltan otras significaciones para la fiesta: el placer, el juego y el goce de los sentidos. Allí se resalta algo del misterioso goce no legislable bajo las formas programáticas de la negación implícita en el orden de la ciudad de Pericles. Se señala así, de modo espontáneo y gracioso, una falla por la cual se escapa algo mítico de la sexualidad, que no cabe en el logos y se indica que, en sí mismo, eso mítico genera posibilidades de vínculos cívicos particulares en los que se salta del silencio y la medida al desparpajo nocturno y compartido de los goces del cuerpo, resignificando así los usos de éste.

Tales categorías y espacios introducen otras dimensiones lúdicas y simbólicas en la ciudad en torno de algo no explicable por la razón, puesto que ésta considera, por ejemplo, en palabras de Platon, que el deseo que allí se pone en juego es efímero y estéril en sí mismo. Para Richard Sennett, el carácter metafórico de estas fiestas radica en la posibilidad de unir cosas distintas en una sola imagen, pues más allá de la fertilidad y el parto -vivencias que legitimaban la sexualidad femenina- había un reducto del deseo, el mismo que se pone en escena cuando las mujeres saltan al tejado y desatan allí una gran orgía anónima en la oscuridad y alrededor de muertas lechugas. Es decir que el mito y el rito se constituyen en espacios donde se desoculta y se despliega algo del ser femenino como posibilidad. El mito y el rito serían formas de enunciación del ser.

CONCLUSIÓN

Así las cosas, tanto el rito del tejado y de las Tesmoforias como el rito de las Bacantes, constituyen un desafío para formas de entendimiento apoyadas en razonamientos analíticos y logocéntricos. Quizá se pueda decir algo similar para lo que sucede, particularmente, con el fenómeno cultural de la prostitución femenina, pues algo de su más íntimo carácter parece escapar y resistirse a las explicaciones que de él proponen las Ciencias Sociales y los discursos morales. Probablemente sea pertinente preguntarse si la desacralización del mundo ha traído también cambios radicales en los trasfondos míticos de la prostitución y si ello implica entonces que la repetición -el retorno de lo mismo que parece fundar y sostener algo

central en este fenómeno- sea la puesta en escena cada vez de un más un pálido reflejo de lo dionisiaco, una gastada copia del ritual del tejado, unas bacantes sin misterio y unas mujeres que sostienen el mito de vender lo que no tiene precio: el deseo y lo femenino.

Desde el lenguaje mítico y sus formas rituales se sugiere e insinúa sutilmente que, tal vez, en la prostitución sucede una experiencia que no se agota en los hechos y fenómenos de burdel y callejuelas, pero que lleva en sí un carácter constituyente del ser humano; que allí, hay algo que no se deja atrapar en los enunciados históricos y sociológicos, los cuales delimitan unas causas socioeconómicas para dicha práctica y registran las modificaciones de ésta a través de las épocas, las culturas y las mentalidades. Posiblemente, las aproximaciones de las Ciencias Sociales ratifican que en la prostitución existe algo que no cesa de acontecer y de producir enunciación en la cultura; que ella en cuanto fenómeno es sobre todo una puesta en escena de un eterno retorno de lo mismo más humano.

Finalmente, en la prostitución, en ese salto de la negación, la cultura se muestra sostenida paradójicamente sobre una confluencia de fuerzas disonantes e irreconciliables.

BIBLIOGRAFÍA

- Colli, Giorgio. (1995). *La sabiduría griega*, Madrid, Trotta,
- Eurípides. (1983) .Las bacantes. En: *Tragedias*, Madrid, Biblioteca EDAF.
- Freud, Sigmund, (1980). La negación, (1924). En: *Obras completas*. Buenos Aires, Amorrortu, vol. XIX.
- Lacan, Jacques. (1985). Ciencia y verdad, (1965). En: *Escritos II*, México, Siglo XXI,
- Sennett, Richard. (1997). *Carne y piedra; el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza.